

PREGÓN DE LAS FIESTAS DE UGA: 8 DE MAYO DE 2015

Manuel MEDINA ORTEGA.-Catedrático de Derecho internacional y Relaciones internacionales.-
Profesor honorífico de la Universidad Complutense de Madrid

Es la segunda vez que el Ayuntamiento de Yaiza me pide que me dirija a los habitantes de este municipio con ocasión de las fiestas locales. Se trata de un gran honor que valoro en mucho, pues poco tiene más valor para un ciudadano que la consideración por parte de los que tienen la responsabilidad de dirigir la colectividad a la que pertenece. La primera vez fue, hace ya bastante tiempo, en la Casa de la Cultura de Yaiza, el edificio situado frente a la Iglesia de los Remedios, que había sido siempre una referencia para mí, ya que había sido la casa de mis antepasados, en la que habían nacido mi abuela, sus hermanos y parientes más próximos, y entre ellos el político y escritor afincado en Tenerife don Benito Pérez Armas. Ahora me toca hablar en un edificio diferente. Mis recuerdos de niñez sobre este lugar son algo diferentes: unas tuneras, algunas casas viejas y algún corral por el que yo correteaba de pequeño, normalmente descalzo, para visitar a amigos de la infancia que vivían o veraneaba por aquí. La diferente ubicación de las dos ocasiones expresa de algún modo las diferencias en la naturaleza de estos dos núcleos habitacionales del municipio, el de Yaiza, más antiguo y consolidado, y el de Uga, más reciente, construido directamente sobre la lava de la erupción de Timanfaya de 1730. Este núcleo urbano ha cambiado más en su apariencia a lo largo de mi vida que el de Yaiza, aunque a mí, personalmente, me cuesta todavía distinguir entre lo que hoy veo y lo que tenía ante mí cuando era un niño. El Yaiza y el Uga actuales se superponen en mi retina con las imágenes del recuerdo de hace muchos años, que me siguen acompañando en la memoria a pesar del tiempo transcurrido. Es como si, sobre una película impresionada aparecieran superpuestas las tomas de una película anterior.

No somos espíritus puros. Estamos condicionados por nuestras vivencias, por las circunstancias en las que a cada uno nos ha tocado vivir. Cada uno de nosotros ha nacido, crecido, trabajado y vivido en lugares y tiempos concretos. El desarrollo de las comunicaciones y de los medios de transporte nos permite hoy vivir y trabajar en diferentes lugares de este planeta del sistema solar al que llamamos Tierra, que antes considerábamos muy amplio y extenso, pero que, debido a la facilidad de los desplazamientos, se nos ha quedado pequeño. El gran poeta chileno Pablo Neruda, premio nacional de literatura de su país, premio Stalin y Premio Nobel, se llamaba en realidad Rubén Nefalí Reyes, nombre que podía designar a cualquier habitante de esta Isla de Lanzarote o de este municipio. Su compromiso político le llevó a adoptar un pseudónimo que le permitía ocultar su verdadera personalidad, pero, aún así, tuvo que vivir mucho tiempo exiliado de su propio país. Mientras vivía en Madrid, en 1935, publicó un libro de poemas titulado “Residencia en la tierra”. Este título simboliza como ninguno el tipo de vida que mucha gente tiene hoy que seguir por circunstancias vitales, económicas o familiares.

Cuando yo era niño, Lanzarote constituía mi único y espacio vital, mi ecumene, donde ocurría todo lo que a mí afectaba e interesaba. La distancia más larga que me tocaba recorrer normalmente era la que separa a este municipio de Arrecife, que entonces conocíamos como “el Puerto”, a través de la carretera general del Sur, que es la que más he transitado, por cierto, a lo largo de mi vida. Antes de que se estableciera el servicio regular de guaguas de la que llamábamos entonces “Exclusiva” de los Hermanos Hernández Gil, este tramo de 20 kilómetros era cubierto por camiones de diferentes propietarios, adaptados a las múltiples funciones de carga de personas, animales y mercancías. Eran servicios de transporte irregulares en todos los sentidos. Su parada normal en Arrecife estaba en la calle en la que yo nací y viví durante la primera parte de mi vida, la calle de Porlier. A esta calle ha dedicado nuestro paisano, el escritor Leandro Perdomo, también residente en la misma calle, dedicó en su momento una preciosa descripción. La razón por la cual los camiones que cubrían la línea del Sur tenían que parar allí era que entre sus funciones estaba traer y llevar las sacas del Correo, y la Oficina de Correos de Arrecife estaba en la calle de Porlier, precisamente frente a mi casa y al lado de la de Leandro Perdomo. Durante la Guerra Civil, las autoridades del momento, llevadas de la irreflexión producida por los odios de la época, cambiaron su nombre por el de un militar natural de esta Isla caído en el frente, el Alférez Cabrera Tavío. Durante mucho tiempo todavía, y por lo menos hasta que yo tuve que ausentarme de la Isla a finales de los años cincuenta, mi calle era conocida todavía con el nombre antiguo de calle de Porlier. He de recordar que este nombre tenía, y sigue teniendo, un alto valor simbólico en la historia de España. Don Juan Díaz Porlier, militar español, era nieto de un canario ilustre nacido en La Laguna, don Antonio de

Porlier y Sopranis, Marqués de Bajamar, Fiscal pretorial de la Real Audiencia de Lima y más tarde del Consejo de Indias. El general Díaz Porlier luchó primero, como marino, en defensa de España, en las batallas del Cabo de Finisterre y de Trafalgar, y más tarde, tras la pérdida de nuestra flota en Trafalgar, combatió en tierra durante la Guerra de la Independencia. Fue el estratega que concibió la nueva forma de lucha que conocemos como la guerrilla, que se ha hecho famosa en todo el mundo con otras denominaciones, como las de “partisano”, en Italia y Rusia, de la palabra española “partida”, o la palabra francesa “maquisard”, forma de combate que durante la Segunda Guerra Mundial adoptó la resistencia francesa frente a la ocupación nazi del país, con participación muy importante, por cierto, de guerrilleros republicanos españoles. Como general al mando de grandes organizaciones guerrilleras, organizó la resistencia nacional en grandes espacios del territorio peninsular frente a los invasores franceses. El error de Porlier, que le costó la vida, consistió en organizar una sublevación militar contra el golpe de Estado del Rey Fernando VII en 1815, que derogó la Constitución liberal de 1812. No se permitió siquiera, a pesar de ser un glorioso general español, su ejecución ante un pelotón de fusilamiento, recibiendo, en cambio, el trato infamante de ser ahorcado, como un vulgar salteador de caminos, habiendo sido una de las personas que había hecho posible la vuelta al trono Fernando VII. El franquismo condenó igualmente la limpia trayectoria política y militar de Porlier mandando quitando su nombre de las calles de nuestras ciudades. En Madrid, durante el mandato de Tierno Galván, se devolvió el nombre de Porlier a la calle de que antes llevaba su nombre. Como ciudadano de este Isla nacido en Arrecife, me habría gustado que el Ayuntamiento del Puerto hubiese restaurado el nombre tan ilustre que tenía en el momento en que nació la calle en la que nació y de la que partían los camiones que servían a esta parte de la Isla. La restauración del nombre de Porlier a la calle en la que nació es una exigencia de la Ley de la Memoria histórica que el Ayuntamiento de Arrecife sigue sin cumplir. No tengo nada en contra del recuerdo de las víctimas de nuestra Guerra Civil de uno u otro bando, pero no creo que tal recuerdo deba hacerse a costa de la memoria de un hombre tan representativo del movimiento liberal español como lo como fue el General Porlier.

He empezado por la calle de Porlier porque allí empezaba el largo y difícil viaje hasta Uga y Yaiza. Saliendo de ella y girando a la izquierda, los camiones enfilaban la que entonces llamábamos “Carretera de Tías” y que hoy en su parte inicial se llama, también tras un cambio de nombre en la Guerra Civil, igualmente en violación de la Ley de Memoria histórica, “Calle José Antonio. Por la Carretera de Tías salíamos de Arrecife y, una vez dejado atrás el cementerio viejo, donde hoy está el Cabildo, la carretera sorprendía al automovilista con una serie sucesiva de badenes que hacían la delicia de los niños al hacer saltar a los coches y camiones como si estuviéramos en un tobogán. Para aquellos viejos camiones, el recorrido era toda una aventura, una especie de premonición de los grandes rallies automovilísticos por el desierto que hoy tanto se estilan.

Los camiones que proporcionaban el único servicio de transportes entre Arrecife y los municipios, entonces separados, de Yaiza y Femés eran tres: el de Cristóbal Valiente, que llegaba hasta Playa Blanca cargando y descargando mercancía en diferentes lugares de la Isla, por lo que era normal que necesitara todo el día para hacer el trayecto; el de Dámaso Viera, al que conocí ya mayor, que terminaba en la casa de su dueño, en la Plaza de los Remedios de Yaiza, pero que a veces se desplazaba hasta Los Rostros o algún otro lugar de este municipio para alcanzar a su casa a algún cliente aislado o su carga; y el de los Tavío, que acababa aquí, en Uga, no lejos de donde estamos ahora reunidos. El escritor tinerfeño Arozamena, que estuvo destinado en esta Isla como ingeniero de telecomunicaciones en los años cuarenta del siglo pasado, nos ha dejado en su novela “Mararía” una amena descripción de este antiguo sistema de transporte público. Contaba, por ejemplo, su sorpresa cuando el conductor del camión que le llevaba a Femés daba vuelta al vehículo al llegar al comienzo de la cuesta de Tías y metía la marcha atrás porque ésta era la única velocidad con la que podía subir el repecho.

En este largo y azaroso viaje eran obligatorias las paradas en Tías y en Mácher, para recoger el correo y para que los camioneros pudieran hacer sus recados, llevar correspondencia, descargar y cargar mercancía, o, simplemente, dejar tiempo para que el motor se enfriara tras la agotadora subida desde Arrecife. Esas paradas obligatorias y de duración indeterminada podían ser aprovechadas por los chóferes para jugarse una partida de envite, mientras que los pocos pasajeros que iban en los camiones estiraban las piernas o visitaban a algún amigo o pariente. En todo caso, no podíamos quejarnos en mi época de estos azarosos viajes. Nuestros padres y abuelos no dejaban

de recordarnos lo mucho que habíamos avanzado con respecto a épocas anteriores, cuando el trayecto sólo podía hacerse a camello, en burro o a pie. Para llegar a Arrecife antes de que se pusiera el sol, saliendo de Uga o Yaiza, en la época de mis abuelos o de mis padres había que emprender el viaje de madrugada, antes de que saliera el sol. Todavía recuerdo el día que mi abuela me pidió que la acompañara en un previsto viaje a camello desde Yaiza a Arrecife porque en una fecha en la que no había ningún camión disponible para llevarnos. Con gran pena por mi parte, a última hora del día anterior al de salida, el médico don Marcelino de Páez, que tenía casa en Yaiza, ofreció llevarnos a mi abuela y a mí en su coche particular, lo que me privó de disfrutar de la experiencia única de un viaje a camello entre Yaiza y Arrecife. Además, en la época anterior de mis padres de mis abuelas, me contaban que había una gran duna de jable a la entrada de Arrecife, a la altura del antiguo cementerio y hoy sede del Cabildo, que obligaba a los viajeros a bajarse de las cabalgaduras para atravesar la duna a pie. Al durar el viaje prácticamente todo el día, era obligatorio hacer parada y fonda a mediodía en Tías o Mácher. Las fondas del camino desaparecieron con el desarrollo de los transportes mecánicos. Aquí tenemos un buen ejemplo de cómo el progreso técnico genera paro y nos ha llevado a la lamentable situación económica en la que hoy nos encontramos, aunque las viejas fondas de Tías y Mácher han renacido, mejoradas, en la forma de restaurantes y bares de tapas abiertos prácticamente todo el día para turistas y nativos.

Playa Blanca, el Golfo o Femés eran entonces el fin del mundo. A esos lugares sólo se podía acceder por caminos y carreteras no asfaltadas, sorteando grandes pedruscos y baches muy hondos. Sólo el renqueante camión de Cristóbal Valiente, con su fornido conductor al volante, podía sobrevivir a un viaje tan accidentado.

Para otras partes de la Isla, como San Bartolomé, Tinajo, Guatiza, Teguiise o Haría, había que hacer planes especiales de viaje, recabando previamente también información verbal sobre los camiones entonces disponibles en los diferentes trayectos y sus horarios aproximados. Sólo pude conocer entonces esas partes de la Isla en las excursiones que organizaba el Instituto de Enseñanza Media de Arrecife para sus estudiantes y profesores. Para los privilegiados que teníamos casa en esta parte sur de la Isla, el medio más fácil de llegar a la Montaña del Fuego era a pie. Los niños podíamos ir descalzos, pues pesábamos poco y teníamos los pies encallecidos por la arena y las piedras del volcán. Hoy, desde luego, no podría adentrarme más de un par de metros en el volcán sin unos buenos zapatos o botas. También a pie, y descalzos, mis hermanos y yo solíamos hacer el trayecto entre la casa de la familia en Muyái y la bodega de mi padre en Uga a través de la finca de Las Peñas y atravesando el pueblo de Uga. Por la mañanita veníamos bien, disfrutando con el frescor que el rocío había depositado en la arena durante la noche. La vuelta a casa para comer a mediodía no era tan agradable, después de que el sol hubiera calentado la arena, lo que nos obligaba a volver corriendo para no quemarnos las plantas de los pies.

Con estas dificultades para viajar, la Isla nos resultaba inmensa para los niños, llena de lugares misteriosos que eran difíciles de visitar entonces, como la Cueva de los Verdes, el Jameo del Agua o El Golfo. A este último se solía ir a pie, El Archipiélago Chinijo estaba totalmente fuera de nuestro alcance, ya que a la Graciosa, a Alegranza o a Montaña Blanca sólo era posible ir en el barco de algún amigo pescador, mientras que el desembarco, y los Roques eran entonces, como ahora, de muy difícil acceso. Incluso los pueblos del interior, como Teguiise, Haría, La Vegueta o Guatiza, estaban demasiado lejos como para poder visitarlos con facilidad. Cada viaje a uno de estos lugares misteriosos tenía para mí la misma fascinación que la que debían sentir los exploradores del África central en el siglo XIX, cuando buscaban las fuentes del Nilo.

El mundo acababa y empezaba para nosotros en esta Isla. Siendo ya adolescentes, antes de que nuestras familias nos pudieran pagar un viaje fuera de Lanzarote un compañero del Instituto, Domingo Pérez Parrilla, que siempre tenía observaciones inteligentes que hacer, me cogió un día por el brazo en el Muelle Chico de Arrecife y, apuntando al horizonte me dijo: “¿Ves esa raya que separa el mar del cielo? Ahí se acaba el mundo. Detrás de esa raya no hay nada. Todos esos lugares de los que nos hablan y que salen en los periódicos, en las películas y en los noticiarios, Fuerteventura, Las Palmas, Tenerife, la Península, el extranjero, no existen. No hay nada más allá del mar y el cielo que ahora vemos”. Estas frases de Domingo Pérez Parrilla me recordaban cómo nuestra profesora de Filosofía en el Instituto de Enseñanza Media, doña Agustina Ayala, exponía el mito de la caverna del filósofo griego Platón, según el cual sólo podíamos conocer el mundo a través del reflejo en la pared de la cueva en la que estábamos encerrados de las sombras de los que pasaban por delante de la entrada. Ese largo aislamiento, que me impidió salir de la Isla hasta después de cumplidos los dieciséis años, me empujaría luego a tratar de conocer el mundo exterior,

el que supuestamente estaba situado detrás del horizonte que se contemplaba desde el Muelle Chico de Arrecife. A partir de entonces, desde que pude salir de la Isla, he viajado tanto que he acabado al fin perdiendo el interés y la curiosidad por conocer las partes del mundo que todavía no conozco. Mis actividad profesional me han obligado, y me siguen obligando todavía hoy, a viajar, por lo que asocio la idea de viaje a la de trabajo. Lo que se tiene que hacer por obligación nunca es un placer. Los únicos viajes de placer con los que disfruto hoy son los que me traen de vuelta a esta pequeña isla de Lanzarote. Como dicen los italianos, “tu casa puede sustituir al mundo, pero el mundo no puede sustituir a tu casa”.

He interiorizado en mi mente la visión del mundo que adquirí contemplando el horizonte desde el Muelle Chico de Arrecife. En mi infancia todo el mundo estaba contenido en el espacio que separa el Risco de Famara de las Montañas del Fuego. Había imaginado entonces mi vida futura encerrado en esta Isla, sin tener por ello la menor sensación angustia o claustrofobia. Me formé con un espíritu totalmente isleño. Aquí, en esta isla de Lanzarote estaban mi familia, mis amigos, mis afectos y todo lo que podía desear en la vida, desde unas playas limpias, tranquilas y solitarias hasta los volcanes, los campos de lava y los hoyos de La Geria. Esperé aterrado el momento, que yo sabía que era inevitable, en que tendría que salir de la Isla para enfrentarme a un mundo desconocido para mí y, en principio hostil, a pesar de que me había preparado para él con mis continuas lecturas de libros y periódicos, con las películas que veía en el cine, y con lo que oía en conversaciones con amigos y parientes o en la radio, en una época en la que no teníamos televisión. Durante mi juventud me preparé con esmero para esa gran prueba aterradora de conocer el mundo. Aprendí idiomas sin salir de la Isla y trataba de imaginar cómo serían las cosas de las que había oído hablar pero que aquí no teníamos, como la nieve, los trenes o los rascacielos. Para ver la nieve por primera vez me apunté a una excursión al Teide en La Laguna cuando estudiaba el primer curso de Derecho en la Universidad de La Laguna. Sólo pude viajar en tren en mi primer viaje a la Península, entre Cádiz y Madrid, con motivo del viaje de fin de carrera de los estudiantes de Derecho de La Laguna, cuando ya tenía 21 años. Tardaría algo más de tiempo en conocer de primera mano los rascacielos cuando fui a estudiar a Nueva York.

Mis primeras salidas fuera de la Isla, a Las Palmas y a Tenerife, ya en la adolescencia, para iniciar mis estudios universitarios, fueron penosas para mí. Cuando contemplaba los campos verdes del Norte de Tenerife, me parecían irreales, como si alguien hubiera pintado sobre un paisaje que tenía que ser ocre, seco y descarnado como el de Lanzarote el verde de los árboles y praderas. Por las noches, al acostarme, antes de conciliar el sueño recordaba con nostalgia las calles tortuosas de mi Arrecife natal y la policromía de los paisajes de la Isla. Más tarde, exigencias de mi vida profesional me llevaron más lejos, a Europa, a América, a África y al Extremo Oriente. Todavía recuerdo una puesta de sol en el sur de California, en la zona entre San Diego y Los Ángeles, casi en la misma latitud de nuestras Islas, con un clima bastante parecido al nuestro, con paisajes igualmente secos y con un fuerte componente cultural hispano, en la que añoraba, sin embargo, esta Isla. Me faltaban todavía las referencias personales de los volcanes y de la toponimia insular impregnada de nombres guanches. Comprendí entonces que mi infancia y juventud habían marcado de modo permanente mi personalidad y que necesitaba a la Isla como sustrato vital. Necesitaba oír crujir bajo la arena de los caminos cuando andaba por los pies y recibir en la cara los vientos de la Isla, el Leste del desierto y el Alisio del mar. Sin esas sensaciones primarias me sentiría siempre un exiliado cada vez que estaba fuera de la Isla, y todavía hoy llevo conmigo a todas partes ese extraño sentimiento de exilio. En algunos de los lugares más bellos del planeta, como la selva africana, las ciudades monumentales de Europa o las cordilleras de América, me vuelve siempre el recuerdo de las palmeras, de los pequeños pueblos y caseríos o de los paisajes serenos y majestuosos de los volcanes. He de reconocer que estas exigencias nostálgicas son como una enfermedad infantil incurable.

Todos llevamos en nuestro interior el niño que hemos sido. Nuestro Premio Nobel, el “hombre que llegó a la Isla”, el escritor José Saramago me reconocía aquí mismo, en Uga, en la época en la que escribía sus “Pequeñas memorias”, un libro sobre los recuerdos de su infancia en Portugal, mientras yo le hablaba sobre mi infancia en la Isla, me reconocía de forma solemne: “Soy un niño”. Ese niño que todos hemos sido sigue viviendo con nosotros a pesar de que por fuera parezca, para otros, que ya no somos niño sino ancianos. De hecho, siempre nos vemos a nosotros mismos como los niños que hemos sido, no como las personas adultas que somos. Todos somos niños y queremos seguir siéndolo en nuestro interior. Hace poco escuché al Papa Francisco en televisión que nos recomendaba que cuando habláramos con alguien recordáramos siempre que la persona con la que

hablábamos también se sentía en su interior como un niño y que en nuestro diálogo con ese desconocido deberíamos tratar de sacar el niño que cada uno lleva consigo. El niño que llevo dentro de mí es el que guarda en su interior los recuerdos de otros tiempos en esta misma Isla, que se superponen a la realidad material que hoy tengo delante. Llevo en mi memoria cada piedra, cada casa, cada palmera y cada persona de lo que fue el pueblo de Uga de mi niñez y adolescencia.

En especial, recuerdo siempre las tres perspectivas del pueblo, que, por fortuna, se mantienen en su esencia, aunque con modificaciones superficiales: la que se contempla cuando se llega a este valle desde Arrecife por la carretera general del Sur, con la súbita aparición, impresionante, de las Montañas del Fuego, con sus colores encendidos, rojos, violetas, azules y amarillos; la que aparece también de repente cuando se llega por la carretera de La Geria con el pueblo al fondo, como un portal de Belén, con las casas pintadas de blanco, aunque antes ofrecían sólo austeras fachadas de piedra de volcán desnuda y con los dinteles de las puertas encajados; la llegada, por último, desde Yaiza, en la que el panorama está dominado por las montañas de arena negra de La Geria y por las viejas casas altas del Morro.

Desde mi infancia ha aumentado el tráfico de automóviles y, con él, el ruido, pero Uga sigue siendo un pueblo bastante tranquilo y relativamente silencioso. Un Embajador inglés en España, del que fui amigo durante su destino en Madrid, me decía, durante una visita personal a la Isla, a la vuelta de la Montaña del Fuego, al parar en Uga, que lo que más que le había impresionado de la Isla era el silencio. El silencio de Lanzarote no es hoy tan absoluto como en mi infancia, ya que entonces sólo era perturbado por la brisa en las palmeras, El tráfico de camellos, burros, mulos, cabras, ovejas y perros no generaba, desde luego, ni una fracción del ruido que hoy producen los motores de las guaguas, camiones o motocicletas que ahora circulan por la generosa red de carreteras insulares. A pesar de todo, uno de los activos de la Isla está todavía hoy en su carácter relativamente silencioso. En las tarde y noches, cuando se atraviesan los pueblos del interior, cuando la gente se ha retirado ya a sus habitaciones, parece como si sus habitantes hubieran desaparecido por arte de magia, Sólo se escucha el ladrido ocasional de algún perro que defiende su territorio frente a la llegada de extraños.

En mi infancia, los niños podíamos andar tranquilamente por los caminos y carreteras sin que nadie nos molestara. Nuestros padres no temían que nos pudiera pasar nada. Los conductores de los pocos automóviles que había en la Isla se detenían gentilmente para dar tiempo a niños, perros, gatos y otros seres vivos a cruzar la carretera, o, simplemente, para que los niños pudiéramos terminar el partido de fútbol que jugábamos en la misma carretera despreocupados por el tráfico. Siempre he asociado la serenidad y el silencio de los domingos por la tarde en Uga con los versos de García Lorca en el *Romancero Gitano*: “sábado, puerta del cielo; domingo, la tarde se pone amarilla”.

Al volver la vista atrás, hacia los recuerdos de la infancia, la nostalgia solo nos deja ver sólo la bondad de los tiempos pasados. Como niño comprendía ya, sin embargo, lo que ocultaba la aparente placidez de la Isla. No es que no hubiera paro. Lo que no existía era, sencillamente, empleo. Los agricultores tenían que hacer un esfuerzo ímprobo para arrancar una magra cosecha de subsistencia a los terrenos reseca que explotaban. El enarenado era cosa de ricos, y aquí había entonces muy pocos ricos. En el Lanzarote de mi infancia, no había dinero para importar productos de fuera de la Isla, salvo los más esenciales y básicos que no se producían aquí, como el azúcar, el aceite o el arroz. Los productos de la Isla que consumíamos eran el resultado de muchas horas de trabajo sobre la tierra seca. Esto hacía que sus frutos resultaran doblemente sabrosos. Sabían, o al menos a mí me lo parecía, mucho mejor que los alimentos que compramos hoy en los supermercados, envasados, esterilizados e insípidos a pesar de su impecable apariencia externa y el esmerado esfuerzo para garantizar un alto nivel de calidad sanitaria.

En Lanzarote el dinero era un bien escaso en épocas anteriores. Me contaban la frase cínica de un registrador de la propiedad venido de la Península que afirmaba, antes de la Guerra Civil: “Aquí no hay sino cinco duros que los isleños se pasan de mano en mano. Estoy esperando a hacerme con ellos para irme de la Isla”. La escasez de dinero condicionaba toda la vida de Lanzarote. Las casas no se podían reparar aunque estuvieran, literalmente, cayéndose a pedazos. El consumo se había reducido a niveles de miseria. En Uga existían entonces dos comercios, el del Pollo de Uga, don Joaquín Rodríguez, y el de don Domingo Robayna. Los clientes eran escasos, y en las estanterías no había demasiados productos que incitaran al consumo. Los comercios eran lugares de tertulia para los vecinos más que lugares donde se concertaran operaciones mercantiles. Sin agua corriente ni luz

eléctrica, sin cine y, desde luego, sin televisión, la vida quedaba reducida a su mínima expresión, a las dimensiones esqueléticas, que don Miguel de Unamuno atribuía a la vecina isla de Fuerteventura: queso de cabra, leche en esqueleto; gofio de trigo, pan en esqueleto; la tunera, esqueleto de árbol. Es este el tipo de vida en el que nos criamos los que nacimos en esta Isla a mediados del siglo pasado. Era una vida regida por la austeridad, en la que nada se tiraba y todo se guardaba. Recuerdo el asombro del pintor santanderino Eduardo Arrollo, invitado a la casa de su buen amigo César Manrique. Le parecía imposible que César pudiera vivir en una casa, hoy museo, tan austera y tan poco acogedora, a pesar de su gran belleza. La austeridad de los isleños no era, sin embargo, adquirida por méritos propios, sino el resultado de la pobreza. La pobreza es siempre incómoda. Para los conejeros de las generaciones de la postguerra, anteriores al desarrollo turístico esta misma austeridad se acabaría convirtiendo en una bendición, ya que nos ha permitido sobrevivir en un mundo difícil con unas mínimas exigencias de comodidad, sobre todo tras el retorno a la austeridad que nos ha impuesto a todos la crisis económica.

El carácter temporal de nuestra existencia nos impide quedarnos en el pasado y conformarnos con celebrar que hayamos sobrevivido a los malos tiempos. Nunca se vive hacia atrás. Siempre se vive hacia adelante. El pasado nos sirve de referencia y aprendizaje, pero mientras vivimos tenemos que enfrentarnos cada día a retos nuevos para continuar nuestra existencia. Don Miguel de Unamuno, al que me veo obligado a citar con frecuencia por su condición de ilustre exiliado en la vecina isla de Fuerteventura, que era catedrático de lengua griega en la Universidad de Salamanca, utilizaba para describir la vida la palabra “agonía”, que en griego quiere decir “lucha”, para sostener que “la vida es agonía”. Es decir, la vida consiste en la lucha por la existencia. No nos está permitido sentarnos en medio del camino de nuestra existencia para reflexionar, como la estatua del pensador de Rodin. Tenemos que continuar incansables cargando, según el mito de Sísifo, con la piedra que hay que empujar cada día montaña arriba para verla caer luego, al final del día, de forma inexorable, montaña abajo, para, luego, hacerla, remontarla a su vez de nuevo al día siguiente. Recuerdo a este respecto los versos del poeta nicaragüense Rubén Darío: “tú que estás la barba en mano, meditabundo, has dejando pasar en vano la flor del mundo”.

Una característica de la vida es la imprevisibilidad, algo que se refleja en refranes populares como el “no dejes para mañana lo que puedes hacer hoy”, o en la despedida clásica española: “hasta mañana si Dios quiere”. Ante el reto cotidiano de la existencia no vale consolarse con la filosofía del “¿qué más da?” o el escepticismo del poeta murciano Vicente Medina: “¿pa que quiés que vaya? ¿pa ver cuatro espigas enrollás y pegás a la tierra?”. La vida se tiene que vivir día a día como si no tuviera fin. Hay que estar siempre preparados para algo nuevo que pueda surgir y que acaba presentándose ante nosotros en cualquier momento. En la vida colectiva, la política, que es la actividad que trata de hacer posible esa vida colectiva, ha de adelantarse a los acontecimientos para prever lo que pueda ocurrir. Sin este tipo de previsión, los grupos humanos no pueden subsistir. La existencia colectiva depende del mantenimiento de la voluntad de supervivencia del grupo. No podemos vivir cómo si el mañana estuviera asegurado. Como hemos dicho, citando de nuevo a Unamuno, la lucha por la existencia es eso precisamente, “agonía”, lucha. La función de la política consiste en hacer posible que esta lucha o agonía cotidiana se desarrolle en condiciones de seguridad y tranquilidad, de modo que la actividad humana no quede paralizada en un determinado momento por el temor a las incertidumbres del mañana. El mañana es siempre incierto y por eso la actividad política pretende proporcionar seguridad para que el esfuerzo cotidiano de los ciudadanos sea aprovechado en beneficio de todos. Las grandes catástrofes naturales, como un tsunami, un terremoto o una erupción, no pueden ser previstas por el hombre ni siquiera hoy, a pesar de los adelantos técnicos. Nadie en esta Isla previó ni pudo haber previsto en el año 1730 que se iba a producir una erupción que duraría siete años y que acabaría destruyendo casi la mitad las tierras cultivables, reduciendo a la miseria a sus habitantes y obligando a la mayor parte de la población a abandonar la Isla. Lo único que podían hacer los dirigentes políticos por aquellas fechas era recurrir a la solidaridad de los otros canarios y de los españoles de otras partes de nuestro entonces Estado imperial para emigrar hacia otras islas, como el Norte de Tenerife, e incluso a América, donde un importante número de familias lanzaroteñas fundó la actual ciudad de San Antonio de Tejas, después de emigrar hacia lo que entonces era Nueva España, con su alcalde al frente.

No me corresponde hacer conjeturas sobre asuntos políticos ni hacer recomendaciones a los vecinos de Uga sobre cómo tienen que desarrollar su actividad económica o su vida personal y familiar. Conviene recordar, sin embargo, que vivimos en un mundo en el que hay algo más que el horizonte marítimo inmediato en torno a la Isla del que me hablaba Enrique Pérez Parrilla en el

Muelle Chico de Arrecife. No creo que la emigración sea una solución para los habitantes de esta Isla, pues mi experiencia del mundo es que el emigrante acaba encontrándose fuera de su tierra con los problemas idénticos o parecidos a los que creyó haber dejado atrás cuando emigró. Como decía el poeta romano Ovidio, “coelum non animum mutant qui trans mare current”, es decir, “cambian de cielo pero no de ánimo los que atraviesan el mar”. No hay nada más amargo que el pan del exilio. En el caso particular del conejero exiliarse significa renunciar a las costas de la Isla, a sus playas y a sus magníficos paisajes, así como a la compañía de amigos y parientes. Ahora bien, partiendo de la base de que esta Isla ofrece hoy todavía bases suficientes para el desarrollo de la vida de sus habitantes, creo que parte importante de la formación de todo joven insular debe consistir en salir de ella para conocer la realidad de un mundo, quizás hostil en un principio, pero en el que hay mucho que aprender. El ideal, desde luego, es conseguir que los jóvenes que hoy salgan puedan volver a la Isla. Pero aquellos que se vean forzados a hacerse una vida propia fuera de ella, deberán mantener la esperanza de volver aquí, pues no podrán nunca librarse de la presencia interior de la Isla de su infancia en sus sueños, en sus recuerdos y en sus visiones interiores.

Este pueblo de Uga, en el que he tenido la suerte de poder fijar mi residencia estable a pesar de mis obligaciones laborales fuera de ella, comparte una con Madrid, la capital de España, en la que mi actividad profesional me obliga a pasar bastante tiempo: la advocación de San Isidro Labrador. En mis paseos algo desordenados por el “Madrid viejo” o “Madrid de los Austria”, me topo con frecuencia con la casa de Iván de Vargas, el amo de San Isidro. El alcalde más famoso que ha tenido la capital de España, don Enrique Tierno Galván, mi maestro en política y amigo en lo personal, solía recordar en sus famosos bandos dirigidos al pueblo de Madrid, el milagro más famoso de San Isidro, cuando se olvidó de labrar el campo para rezar y el amo le reprendió por no estar trabajando. Cuando el amo bajó a sus campos, situados en la ribera del Manzanares descubrió que los ángeles habían labrado la tierra por San Isidro mientras él rezaba. Este milagro, bello como todos los milagros, tiene escasas probabilidades de realizarse en el mundo prosaico en el que hoy vivimos. No tengo nada contra la oración, que, aparte de su función religiosa fundamental, es reconocida hoy de modo universal como una buena terapia del espíritu. Pero, si queremos tener la certeza de que los campos estén labrados y cuidados y de que los árboles den frutos, no podemos esperar que se vuelva a repetir el milagro de San Isidro. A lo largo de mi vida he visto cómo la gente de este pueblo ha conseguido hacer de las piedras pan, y cómo ha desarrollado una forma de organización social, económica y política que les ha permitido salir adelante en difíciles condiciones de penuria económica. Hemos avanzado mucho en este país y el futuro puede ser todavía hermoso y prometedor, pero no podemos esperar en estos tiempos que los ángeles trabajen la tierra por nosotros. Lo que no hagamos nosotros mismos no lo harán los ángeles por nosotros.

En fin, estamos en Fiestas y no es apropiado que les hable de trabajo en esta ocasión. Ahora toca descansar y divertirse. En estos días de asueto tendremos en Uga a gente de toda la Isla, según la costumbre de Lanzarote. Este pueblo tiene mucho que enseñar a isleños y a forasteros, y estoy seguro de que nuestros visitantes encontrarán en él en estos días lo que Uga ha ofrecido siempre: gente buena, honrada y trabajadora que puede vivir en paz, disfrutar de sus Fiestas y hacer grata a los visitantes la estancia en él. Espero que el San Isidro de 2015 sea recordado cómo la mejor y más pacífica de las Fiestas, y que animemos, de este modo, a los visitantes, de la Isla y de fuera de ella, a dejarse caer por aquí cuando busquen un lugar tranquilo y agradable en el que sea posible disfrutar en silencio de unos paisajes únicos y de una convivencia ciudadana ejemplar.